Logros y fracasos del revisionismo histórico en la Argentina

*Fernando OLTRA SANTA CRUZ**

INTRODUCCIÓN

En muchas ocasiones suele afirmarse que el revisionismo fracasó en su intento por reemplazar el relato histórico inicial, de corte *liberal*, elaborado por la «Historia oficial». Si bien ello es cierto, en cuanto no hubo un reemplazo de una «historia» por otra «historia», no es menos cierto que el revisionismo inicialmente introdujo algunos temas que hoy ya son aceptados por la sociedad en general y que incluso se mantienen en la enseñanza pública.

Además, es importante destacar que el revisionismo histórico fue particularmente encarnado por el pensamiento nacionalista y principalmente por el llamado nacionalismo católico. En este sentido, es dable afirmar que dicha vertiente nunca estuvo encumbrada en las esferas del poder, de modo que pudiera intentar imponer la versión revisada del relato histórico de la Patria.

En otros términos: sostendremos en estas líneas que el revisionismo histórico fue encarnado principalmente en sus inicios por pensadores provenientes del nacionalismo católico y que éstos eran los únicos intelectualmente capaces de elaborar una Historia argentina para reemplazar a la «Historia liberal». Pero ese nacionalismo nunca pudo hacerlo desde las estructuras oficiales porque objetivamente nunca alcanzó el poder, salvo lapsos muy breves en 1930, 1943 y 1955, como lo detallaremos mas adelante.

---

* El autor es abogado (Universidad de Buenos Aires), magíster en Acción Política (ICAM-UFV-URJC, de España), profesor titular de Derecho Internacional Público en la Universidad Católica de Santa Fe (Argentina). Actualmente también dicta clases en la Universidad Nacional de La Matanza y en la Universidad Católica Argentina (UCA).

EL INICIO DEL REVISIONISMO

Adolfo Saldías fue sin duda el «primer revisionista», en el sentido de que fue el primero en realizar una obra «objetiva» de la época de Rosas, libre de todo prejuicio político imperante. Fue el primer investigador que publicóuna historia de la Confederación Argentina basada en los documentos. La publicación de su libro en 1881 produjo un verdadero escándalo en Buenos Aires, ya que nadie hasta entonces había estudiado seriamente la historia argentina de 1829 en adelante, como lo señala J. M. Rosa: «Había manuales de enseñanza, que no obligaban a ninguna prueba documental, llenos de adjetivos y suposiciones. Había también folletos partidarios como "las tablas de sangre" y novelas históricas como *Amalía*. Pero no se había publicado ninguna obra documentada e imparcial sobre la época de Rosas»[1].

En otra obra dedicada a la historia del revisionismo, el mismo autor escribe unos párrafos casi épicos evocando la figura de Saldías y «describiendo» su fascinación ante la evidencia histórica: «Imagino el asombro de Saldías al recorrer las hojas amarillentas. Descubrir los tiempos de Rosas era penetrar en un mundo desconocido donde todo era nuevo y sorprendente. Allí estaba la Patria Vieja con sus gauchos y orilleros, sus "naciones" de negros, sus milicias, sus colorados, sus serenos; allí la ciudad pintada de rojo; allí don Juan Manuel envuelto en su poncho punzó agrandándose ante el peligro y desafiando las escuadras de Inglaterra y Francia»[2].

Siguieron a la obra de Saldías varias que podemos considerar revisionistas, como *la época de Rosas,* de Ernesto Quesada, y el libro de Carlos Ibarguren *Juan Manuel de Rosas, su historia, su vida, su drama*[3].

---

[1] ROSA, José María, *El Revisionismo responde,* versión digital sobre la base de la 1.ª edición de edic. Pampa y Cielo, en *www.pensamientonacional.com.ar/biblioteca_josemariarosa/*, pp. 161 y 162.

El conocido autor revisionista agrega otros conceptos con respecto al origen de Saldias: *«Era un hombre de formación liberal, y por supuesto antirrosista. Puede leerse su nombre entre quienes protestaron en 1877 por el funeral que los familiares quisieron hacerle a Rosas…».* Pero también agrega que Saldías «estudió las publicaciones de la época, principalmente la *Gaceta Mercantil* y el *Archivo Americano*. También fue a Londres, y logró de Manuelita Rosas que le facilitara el archivo de Don Juan Manuel. Resultado de ello fue su libro». Luego hace referencia a la carta condenatoria que Mitre le enviara a Saldías y finalmente relata que «Saldías, desde entonces fue condenado al silencio. Era un panegirista de Rosas. Su panegírico consistía precisamente en haber estudiado documentalmente la época de Rosas y cometido la imparcialidad de transcribir documentos auténticos» (p. 163).

[2] ROSA, José María, *Historia del Revisionismo y otros ensayos,* versión digital sobre la base de la 1.ª edición de editorial Merlín, en *www.pensamientonacional.com.ar/biblioteca_josemariarosa/*, p. 17.

[3] El antecedente de esta obra fue un curso dictado por Ibarguren en la Facultad de Filosofía y Letras sobre «Las dictaduras trascendentales».

Pero sería injusto no mencionar trabajos anteriores, verdaderamente reivindicativos de la figura de don Juan Manuel, como fueron los escritos del coronel Prudencio Arnold y los de Manuel Bilbao. Este último publicó en 1883 un libro titulado «*Vindicación y memorias de Don Antonino Reyes*»[4]. En esa obra Bilbao sostiene claramente que Rosas fue sometido a una inteligente y ardiente propaganda en su contra y que esa misma propaganda que había recorrido todo el mundo se trasladó al territorio nacional una vez caído Rosas. En este orden, claramente sentencia: «Desde el 3 de febrero de 1852 no se oyó una palabra, dentro ni fuera del territorio, que no fuera la continuación de ataques al vencido. ... Era inútil oponerse a la corriente desencadenada de la opinión, desde que ella encadenaba el pensamiento de los vencidos y no admitía testimonio alguno que le fuese contrario. Era que a la Tiranía de Rosas había sucedido la tiranía de la demagogia»[5]. Asimismo, luego de referirse a la hombría de bien del ayudante de Rosas, en la misma introducción presenta a su obra como la primera que va a «contar la verdad» después de Caseros[6].

En cuanto al coronel Prudencio Arnold, este fiel soldado de Rosas publicó sus memorias militares en Rosario en el año 1893. Si bien esa publicación no fue efectuada propiamente para reclamar una justicia histórica sobre la época de Rosas, cumple igualmente ese propósito. Ello es así en virtud de que las vivencias de los servicios militares del coronel Arnold en el bando federal, al margen de resultar un interesantísimo relato de época, son también una defensa de su jefe, el «general Rosas». Casi al final del libro, Arnold relata que después de Caseros recibió una carta del general Pacheco ordenándole que se presentara a Urquiza. Luego de transcribir la nota, cuenta también que para despedirse de sus hombres los formó en círculo y les dirigió las siguientes palabras: «Dicen que el general Rosas esta embarcado. El general Pacheco, nuestro 2.º jefe, me ordena presen-

---

[4] Anteriormente había publicado una *Historia de Rosas*.

[5] BILBAO, Manuel, *Vindicación y memorias de don antonino Reyes*, Edit. El Elefante Blanco, Buenos Aires, 1998. P. 14. Además añade: «Las mejores inteligencias reproducían los escritos que habían dado a luz en el destierro. Las inteligencias mediocres se entregaban a recoger la chismografía y las versiones que hacían de los sucesos conocidos y desconocidos, las personas que no habían emigrado. Trabajos históricos, novelas, cantos, certámenes literarios, se sucedían redoblando los ataques a la persona del dictador; apareciendo llenas las columnas de los diarios que nacieron con la victoria de la coalición en Caseros, sin que apareciese una sola personalidad a contradecirlos».

[6] Textualmente el autor resalta que «este libro es el primer eco que se va a oír, después de la batalla de Caseros, que rectifique las apreciaciones fraguadas, las novelas inventadas y bautizadas con el título de historias, los actos supuestos y ponga al alcance del que desee encontrar la verdad, la explicación de esos hechos que han pasado a la posteridad sin antecedentes que los den a comprender». BILBAO, *op. cit.*, p. 17.

tarme al general vencedor. Vaya hacerlo solo. Estas armas que cargamos, hace once años que el gobierno puso en nuestras manos, nunca se han deshonrado y sólo a Dios se han rendido, como lo acredita vuestra sangre generosa derramada por la patria. No deben ahora rendirse al que trae extranjeros para hacer fuego a su bandera y matar argentinos, tiradlas a las vizcacheras antes de cometer tal infamia… Así concluí mis servicios a la Patria en el gobierno del general Rosas; fui el último de los capitanes que mandaban fuerza en los ejércitos argentinos que obedecían a este señor general y el único que no presentó las armas al general vencedor…»[7].

AUGE DEL REVISIONISMO. SU CONSOLIDACIÓN EN LA FUNDACIÓN DEL INSTITUTO JUAN MANUEL DE ROSAS DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS. EL «OSTRACISMO»

En 1930, Carlos lbarguren publicaba su libro mencionado sobre Rosas. Luego, en 1935, estudiando la Suma del Poder Público en su centenario, Julio Irazusta publicó su *Ensayo sobre Rosas;* poco después iniciaba su *Vida de Juan Manuel de Rosas, a través de su correspondencia,* Ricardo Font Ezcurra daba su *Unidad Nacional*, Alberto Ezcurra Medrano *Las otras Tablas de Sangre,* Justo Díaz de Vivar sus *Luchas por el Federalismo.* También se publican trabajos de Evaristo Ramírez Juárez, Dardo y Julio César Corvalán Mendilaharsu, Carlos Aldao, Ernesto Palacio, Martín Lazcano, etcétera.

José María Rosa señala como antecedente inmediato de la creación del Instituto Juan Manuel de Rosas a la constitución en Santa Fe del Instituto de Estudios Federalistas para «luchar por una ya impostergable revisión histórica»[8]. Anteriormente, Alfredo Bello ya había planteado la repatriación de los restos del Restaurador, poniendo una nota de escándalo[9].

---

[7] ARNOLD, Prudencio, *Un soldado argentino.* 2.ª ed. EUDEBA, Buenos Aires, 1970, pp. 144/145.

[8] ROSA, J. M., *Historia…* p. 24. El citado Instituto santafesino fue fundado el 15 de junio de 1938, centenario de Estanislao López.

[9] El 20 de noviembre de 1934, por iniciativa de los santafesinos Alfredo Bello, presbítero Durán y Dr. José María Funes, quedó fundada en Buenos Aires la Junta Americana de Homenaje y Repatriación de los Restos de Rosas, que fue presidida por Dardo Corvalán Mendilaharsu e integrada por el general Ithurbide, Alejandro Grigera, Clodomiro Cordero, Rodolfo y Julio Irazusta, Horacio Thorne, general Páez, Clemente Ricci, Juan Lagos Mármol, José Antonio Saldías, Narciso del Valle, Mariano Bosch, Francisco Saá, Ricardo Caballero, Martín Lazcano y Laurentino Olascoaga, entre otros.

El Instituto Juan Manuel de Rosas nació el 5 de agosto de 1938, en Buenos Aires. La *Revista* del Instituto constituyó uno de los cardinales medios de difusión, pese a sus dificultades económicas.

Formaron parte de su comisión directiva las principales figuras del revisionismo, cuyos nombres se ven en la importante declaración que efectuaron el 20 de julio de 1939: Manuel Gálvez, Evaristo Ramírez Juárez, Ramón Doll, Ricardo Font Ezcurra, Roberto de Laferrere, Ernesto Palacio, los hermanos Irazusta, Carlos Steffens Soler, Alberto Ezcurra Medrano, Alberto Contreras, Federico García Santillán, J. Alfredo Villegas Oromí, Luis María de Pablo Pardo y Mario Lassaga.

En la citada declaración establecen claramente una división, separándose del relato histórico que imperaba hasta la fecha. Así, se decía allí que aquella historia «no es historia… sino una literatura política social que no contesta más a los interrogantes del alma nacional». Justamente, defendían «su» historia diciendo: «La nuestra trata de reconducir a la nación por los cauces del destino que nos preparó la Providencia, y si por eso somos acusados de hacer política por ciertos grupos perceptibles sin esfuerzo, respondemos que hacemos política, efectivamente, en cuanto tanto la hicieron ellos con sus falsos héroes, peor con la diferencia a nuestro favor de que la de ellos nos llevó a la enajenación y al descastamiento y nosotros tratamos de indicar los caminos de la independencia efectiva y de la grandeza potencial de la patria. Por lo menos esos son los efectos que esperamos de nuestras investigaciones»[10].

Julio Irazusta sostiene que el movimiento revisionista se concretó en la fundación del Instituto Juan Manuel de Rosas, relatando que, dada su importante participación en esa fundación, debió apartarse de muchos lugares donde pasó a considerárselo como persona no grata. En el discurso que pronunció con ocasión de su (tardía) incorporación a la Academia Nacional de la Historia en 1971, describió el ambiente de persecución ideológica sufrida por los historiadores revisionistas en esa época: «No podría decir si como causa o como efecto de la acción intelectual desarrollada por mis compañeros de lucha, hacia esa época se organizó una dogmática histórica, que excluía de su seno al que se apartara un ápice de las conclusiones alcanzadas por los historiadores clásicos del país. Era

10 Declaración de la Comisión Directiva del Instituto Juan M. de Rosas de Investigaciones Históricas del 20-7-1939, en *Revista* del Instituto J. M. de Rosas, n.º 2-3, Buenos Aires, 1939, pp. 266-267.

una ortodoxia celosísima de su verdad… los componentes del movimiento quedamos en un ostracismo intelectual equivalente a una emigración en el Interior. El revisionista de la historia argentina debía renunciar a la notoriedad, a los honores y emolumentos, a las cátedras universitarias, a los cargos públicos de las reparticiones culturales del estado a que podía aspirar por su mérito el que lo tuviese…»[11]. El historiador entrerriano no dejaba de asombrarse, ya que lo singular era que «tal dogmatismo era mantenido por quienes se llamaban liberales».

Así se anatematizó a los disidentes, pero no con la réplica y el debate, sino con *«la guerra del silencio, más temible que las peores censuras, y una exclusión de toda actividad intelectual remunerada»*[12].

REVISIONISMO Y NACIONALISMO CATÓLICO

Antes de avanzar sobre la vinculación citada, conviene conceptuar primeramente al nacionalismo. En este camino, nada mejor que acudir a las palabras de un intelectual nacionalista que pretendió definirlo: «Es nacionalista quien… concede al interés nacional la preferencia en el gobierno del Estado sobre cualquier otra norma jurídica y social. Si esta supremacía está considerada como relativa y condicionada a valores trascendentes —y a valores de ética y de justicia— aceptados como superiores, tendremos el sentido exacto y sano de la palabra»[13]. En el mismo artículo, Goyeneche advierte también que muchas veces se tiende a distorsionar el sentido del nacionalismo, para anatematizarlo: «porque si por nacionalismo se supone el amor inmoderado a la nación que considera a ésta como un valor absoluto al que todo debe subordinarse, se toma a la palabra

[11] IRAZUSTA, Julio, «De la crítica literaria a la historia, a través de la política. Discurso pronunciado por Julio Irazusta en el acto de su incorporación a la Academia Nacional de la Historia, el 1 de junio de 1971», recopilado en su libro *Gobernantes, caudillos y escritores*, Ediciones Dictio, Buenos Aires, 1978, pp. 12 y 13. También Irazusta compara la situación con la de otros países: «Los casos de espíritus libres que examinaron períodos controvertidos de la historia de sus respectivos países con criterio propio sin perder su posición intelectual anterior, como el de Carlyle con su reivindicación de Cromwell, o los de Belloc y Chesterton con su restauración de los valores católicos en el pasado inglés, o el de los historiadores norteamericanos que aportan enfoques favorables a los confederados sudistas, o el de Gabriel Hanotaux con su exaltación de Richelieu en la Francia republicana, eran impensables en nuestro país».

[12] Idem, p. 14.

[13] GOYENECHE, Juan Carlos, «El Nacionalismo» en *Azul y Blanco*, n.º 45, 23 de abril de 1957. Artículo extraído de una recopilación de la obra de Goyeneche: *Juan Carlos Goyeneche. Ensayos, Artículos, Discursos,* Biblioteca del pensamiento Nacionalista, Edit Dictio, Bunos Aires, 1976, pp. 449 y ss.

nacionalismo en su sentido equívoco para mostrar en él, con deliberada intención, ese menosprecio a las reglas de la justicia y el derecho que acaba, necesariamente, atribuyéndole al Estado las prerrogativas propias de la divinidad». Finalmente agrega que «el verdadero nacionalismo es una amor real y concreto a la patria; un amor hecho de fidelidad y constancia pero alerta a las exigencias de las circunstancias que como premio o como expiación a cada uno le haya tocado vivir»[14].

El mismo pensador en una publicación anterior aclaraba —siguiendo quizás el ideario de uno de los discursos de José Antonio Primo de Rivera— que no podía considerase al nacionalismo como de derecha ni como de izquierda: «…No somos hombres de derecha. El hombre de derecha teme la miseria y el desorden; pero es insensible ante la injusticia. En el mejor de los casos es un aristócrata; generalmente es un egoísta. Su virtud es el pudor, su vicio el fariseísmo… no somos hombres de izquierda. El hombre de izquierda desprecia el pasado; ignora quiénes son sus padres. Quiere la Justicia por medio de la injusticia. En el mejor de los casos es un soñador; generalmente es un resentido. Su virtud es el ardor; su vicio, la envidia…»[15].

Fue ese nacionalismo inicial, de los Irazusta, Gálvez, Ibarguren, Palacio y tantos otros, el que tomó la bandera del revisionismo histórico. Así lo refiere también Mónica Quijada en su libro sobre Manuel Gálvez: «El producto mas importante del nacionalismo argentino de derecha, el que alcanzó mayor proyección e influencia, fue la *reelaboración de la historia argentina concretada en la rehabilitación de Juan Manuel de Rosas, gobernante repudiado por la tradición liberal argentina*»[16].

Asimismo entiende a ese pensamiento como el resultado de la confluencia de varios elementos, como fueron principalmente la reivindicación de la figura de un conductor y la reacción ante la política seguida hacia Gran Bretaña en la década infame (Pacto Roca Runciman). Refiere en este sentido la importancia del libro de los hermanos Irazusta *La Argentina y el Imperio Británico*, como un punto de partida para que los nacionalistas se volcaran por entero al campo de

---

14 *Idem* anterior, p. 453.

15 Idem anterior, p. 367. Publicado originalmente en *Tabla Firme*, Buenos Aires, n.º 1, agosto de 1951.

16 QUIJADA, Mónica, «Manuel Galvez, 60 años de pensamiento nacionalista», *Biblioteca Política Argentina,* n.º 102, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985, p. 89.

la historia. La intención era, pues, resaltar la acción de Rosas «como único defensor de la soberanía y señalar su caída como momento inicial de un largo período prolongado hasta la época contemporánea, de entrega vergonzosa de la economía argentina al capitalismo británico»[17].

Pero incluso anteriormente el ideario nacionalista se vio presente, para reafirmar la nacionalidad en las primeras décadas del siglo XX. Como lo señala Quattrocchi: «En nuestra lectura retrospectiva de los textos revisionistas lo que aparece en primer plano es la angustia frente a un presente de crisis y la necesidad imperiosa de reformular los términos de la nacionalidad a través del discurso histórico…»[18].

De esta manera los militantes del nacionalismo se inclinaron por la historia, volcándose a la historiografía revisionista. Ello era enteramente lógico: Rosas representaba la comunión con los postulados nacionalistas: Tradición, Soberanía, Hispanidad, Orden, Catolicismo… Mónica Quijada señala que ese revisionismo histórico incluyó dos actitudes renovadoras importantes. Por un lado, la crítica a la ideología de la oligarquía del proyecto del 80, y por otro, una denuncia de la dominación británica sobre la Argentina[19].

REVISIONISMO E YRIGOYENISMO

Si bien suele ser más fuerte la vinculación que se hace al revisionismo con el peronismo, no debemos dejar de mencionar al radicalismo al que muchos consideran el heredero del rosismo. Por ejemplo, Enrique de Gandía decía que «el estudio imparcial de la historia no puede negar que el rosismo tiene una prolongación en el yrigoyenismo…»[20]. Así, comparaba el surgimiento de ambos caudillos, encontrando no pocas coincidencias.

---

[17] *Idem* ant. P. 90.

[18] QUATIROCCHI WOISSON, Diana, «Historia y Contrahistoria en la Argentina. 1916-1930», en *Cuadernos de Historia Regional*, n.º 9, Buenos Aires, 1987, p. 201.

[19] QUIJADA, Mónica, *op. cit*., pp. 90-91. También agrega dicha autora que los revisionistas contribuyeron considerablemente a la propagación del antiimperialismo, principalmente británico, ya que no incluían a los Estados Unidos. Si bien la mayoría de los nacionalistas no le profesaba ninguna simpatía, sólo unos pocos como Manuel Gálvez denunciaron el peligro de ese imperialismo antes de la segunda Gran Guerra.

[20] Citado en el libro *32 escritores con Rosas o contra Rosas*, Ediciones Federales, Buenos Aires, 1989, p. 85.

También en muchas ocasiones se hace referencia al conocido pasado rosista de la familia de Leandro N. Alem, que era hijo de mazorquero, y de tantos otros radicales.

Pero los nacionalistas de la época no veían con buenos ojos al radicalismo ni a su líder, e incluso fueron de alguna manera los ideólogos del 6 de septiembre de 1930.

No obstante, hubo excepciones. Aparece aquí nuevamente Manuel Gálvez. El gran escritor, a fines de la década del veinte decía que el partido radical era una «expresión viviente y exaltada del sentimiento nacionalista… tan hondamente argentino que nada debía a las doctrinas ni a los métodos europeos, ni era producto de la inteligencia y del saber libresco del grupo de hombres, como el demócrata progresista o el socialista, sino que había surgido de una masa popular». Y alababa asimismo a Hipólito Yrigoyen por su política exterior, por su hispanismo y por «diversos gestos de independencia espiritual y económica ante la intromisión europea y norteamericana»[21].

Esas declaraciones le valieron a Gálvez un enfrentamiento con sus camaradas nacionalistas, especialmente con Julio Irazusta, quien le replicó desde *La Nueva República.*

Pero si bien encontramos simpatías y hasta parentescos con el nacionalismo y el rosismo, no fueron los radicales partidarios de una revisión histórica, ni de una crítica global al «régimen» contra el que tanto habían luchado.

Sin embargo, aisladamente sí encontramos presente en algunos radicales ese espíritu de reivindicación de la Argentina sepultada en Caseros, calumniada en el relato histórico oficial de Mitre y olvidada más tarde. Entre ellos merece mencionarse al Dr. Ricardo Caballero, político que llego a ser el primer vicegobernador radical de Entre Ríos y luego senador nacional. Sus escritos son netamente revisionistas: «He formado mi convicción favorable al gobierno de Rosas a la luz de mis recuerdos de niño, meditando en mi madurez, respecto de conversaciones oídas en mi propio hogar, mantenidas por actores directos o por sus descendientes inmediatos, sobre el período de nuestra historia que se extiende de desde 1820 a 1852, año en que se extingue la influencia del Restaurador, y se va con

[21] Cfr. QUIJADA… *op. cil.* P. 54.

ella, hacia el destierro y el olvido, el espíritu de nuestra vieja y noble patria…»[22]. Refiriéndose a su partido dice «El radicalismo fue, en un momento de su historia la proyección de las ideas federales en la política argentina». Y se lamenta al revelar que «la debilidad y la incomprensión de sus jefes desconocieron ese origen, y aquel gran movimiento nacional, tras el que se agitaba la esperanza argentina después de un eclipse de casi medio siglo, fue desviado hasta convertirse en un conglomerado circunstancial de propósitos puramente electoralistas y liberales»[23].

En este sentido, Caponetto, en su obra sobre los críticos del revisionismo histórico, analiza el pensamiento de Quattrocchi, refiriendo que era difícil nadar contra la corriente historiográfica en el país de los primeros veinte y treinta años del siglo XX, aun gobernado presidentes elegidos por el mandato popular. Cita entonces a Quattrocchi: «En efecto la rehabilitación de Rosas no era tarea fácil, como no lo era tampoco la de otros caudillos del siglo XIX, quienes se dedicaban a ello debían salvar obstáculos casi insuperables», ya que si bien reconoce una vinculación, «la existencia de una corriente yrigoyenista-rosista no significa que el partido radical adoptase de manera conciente una visión histórica heterodoxa frente a la tradición liberar»[24].

Caponnetto sostiene que los hermanos Irazusta (que eran hijos de uno de los fundadores del partido Radical en Entre Ríos) no negaron las connotaciones federales del yrigoyenismo. Añade también que la relación nacionalismo-radicalismo fue objeto de grandes debates, pero que la relación culminó con los sucesos del 30. No obstante, el citado autor nacionalista concluye que «formal y oficialmente hablando, ni el yrigoyenismo ni el radicalismo jamás fueron revisionistas»[25].

REVISIONISMO Y PERONISMO

Es muy común que se identifique al pensamiento revisionista con el peronismo, y se podría decir que ello se hace incluso con cierta lógica, comparando el ideario

[22] Cfr. CHAVEZ, Fermín, *La Vuelta de Don Juan Manuel,* Ediciones Teoría, Buenos Aires, 1996, p. 173.

[23] *Idem* ant., p. 174.

[24] Citada por CAPONNETTO, Antonio, en *Los críticos del Revisionismo histórico,* editado por el Instituto Bibliográfico «Antonio Zinny», Buenos Aires, 1998, p. 245.

[25] *Idem* ant., p. 241. Pero al margen de tal afirmación, también agrega que ello «no fue obstáculo para que los revisionistas reconocieran los méritos y el carácter precursor de muchos hombres de prosapia radical, que contribuyeron a la revisión de nuestro pasado. Fueran militantes partidarios como Ricardo Caballero o Alfredo Bello, o docentes como Corvalán Mendilaharsu…».

«nacional» de ambos. No obstante, pareciera ser que no fue así e incluso que el gobierno peronista fue enemigo del revisionismo histórico. A esto se debería parte del ya aludido fracaso del revisionismo, en su intento de «reemplazar» el relato histórico.

Si se analizan comparativamente los postulados del revisionismo y del naciente peronismo, vemos que hay una gran parentesco: identidad nacional, independencia económica, afirmación de la Soberanía, amor a la Patria, etc. Pero independientemente de esas similitudes, en el debate histórico el gobierno de Perón fue adverso a los revisionistas.

En lo referente a las relaciones de Perón con lo nacionalistas, no puede establecerse con claridad en todos los casos, pero es cierto que, en sus inicios, el peronismo contó con el apoyo nacionalista católico[26]. ¿Podría haber sido de otra manera si el entonces Coronel proclamaba la aplicación de la doctrina social de la Iglesia? No obstante, algunos nacionalistas comenzaron a distanciarse del gobierno militar del 43, especialmente a partir de la ruptura con el Eje y, según Quijada, también a raíz del sindicalismo de Perón en la Secretaría de Trabajo. Una vez más, señala como excepción a Manuel Gálvez. Éste veía a Perón como un «nuevo Irigoyen», pero con aptitudes que el radical no tuvo, como son el don de la palabra, la despreocupación por la politiquería y un sentido profundo de la cuestión obrera. Así se expresaba Gálvez, en agosto de 1944, en un artículo del diario *El Pueblo* «La obra social del Coronel Perón»[27].

En 1950, Julio Irazusta manifestaba que si bien el gobierno peronista «ejerce un celoso control de la libertad de expresión, bajo todos sus aspectos, ha dejado libre el debate sobre Rosas». Añadía también que de acuerdo a su parecer él mismo se inclinaba por los antirrosistas, ya que los principales voceros culturales del gobierno lo eran. Además, en un aspecto que nos interesa especialmente a los fines de este trabajo, Irazusta denunciaba que «el monopolio de la publicidad histórica oficial sigue enteramente a favor de los antirrosistas. Los rosistas no tienen una sola subvención gubernativa para sus academias o sus ediciones documentales…»[28].

---

[26] En el primer congreso peronista aparecen figuras del nacionalismo católico, incluso un sacerdote como el padre Virgilio Filippo.

[27] QUIJADA, *op. cit.*, p. 115. Ese artículo de Gálvez sirvió de prólogo del libro de Perón *Este pueblo quiere saber de qué se trata*, publicado en 1944.

[28] IRAZUSTA, Julio, *«San Martín y Rosas-respuesta a Ricardo Rojas»,* en *Presencia*, Buenos Aires, nº XXXVI, 9 de septiembre de 1950. Publicado en *Gobernantes…* p. 278.

Como lo destaca Caponnetto, en el discutido interregno político que cubre la década 1945-1955, el revisionismo no integró la cultura oficial, y tampoco aparece exigido como criterio escolar en las resoluciones ministeriales pertinentes, rechazándose muchas veces a sus postuladores con la frecuente acusación de «piantavotos».

Existe, además, una declaración de Perón en los periódicos de esas fechas. En diciembre de 1945, el entonces coronel calificaba de sujetos irresponsables a aquellos «que al grito de "¡viva Rosas!" escudan su indignidad para sembrar la alarma y la confusión en distintos actos cívicos». También sentenciaba que los mismos se encontraban fuera de toda norma democrática y que no pueden integrar las filas de ninguna fuerza política argentina[29].

En este orden de ideas, el peronismo en sus varios años de gobierno no desarrolló ninguna política reivindicativa de la figura de don Juan Manuel y tampoco respaldó la iniciativa de la Comisión pro Repatriación de los Restos de Rosas, presidida por Ibarguren.

Es el mismo José María Rosa, de conocida filiación peronista, quien reconoce que el gobierno peronista no apoyó al movimiento revisionista, e incluso que lo persiguió. Cuenta este historiador que el vicepresidente Tessaire era liberal y antirrosista a tal punto que prohibió a los afiliados peronistas inscribirse en institutos rosistas. También refiere que *los perseguía Borlenghi,* que era el ministro del Interior[30].

No es cuestión menor también señalar que en esos años las publicaciones revisionistas no contaron con el apoyo de las academias, universidades ni ministerios; mientas que sí contaron con todo el apoyo oficial los historiadores antirrosistas.

Antonio Caponnetto intenta explicar esta oposición en que Perón fue formado históricamente por Levene y que era un admirador de la *Historia* de Mitre. Cita a su biógrafo Pavón Pereyra, quien señala que a Perón le seducía la idea de ser el Mitre de su siglo. En cuanto a la relación con los revisionistas, dice que Perón los negaba públicamente, pero permitía que se aproximaran calladamente en la medida en que podían serle útiles electoralmente[31].

---

29 CAPONNETIO, *op. cit.*, p. 24.

30 HERNÁNDEZ, Pablo, *Conversaciones con José María Rosa*, Buenos Aires, Colihue-Hachette, 1978, p. 127.

31 *Idem*, nota 28. También expresa que muy tardíamente el vínculo de Perón con el revisionismo creció, pero sus preferencias se dirigieron hacia el ala socialista y filomarxista de la escuela revisionista, «ya por entonces alejada de sus orígenes fundacionales».

Poco a poco, aquellos revisionistas y nacionalistas que albergaban alguna simpatía o esperanza con el peronismo se fueron decepcionando. Algunos, como Vicente Sierra, advertían todavía al régimen peronista que no se podía ser peronista y «tener como próceres a los representantes del liberalismo». En efecto, en una disertación que realizó el historiador en 1949, decía con claridad que la Revolución no podía apoyarse en los mismos juicios históricos en que se apoyaba el régimen derribado, añadiendo que «el revisionismo es un hecho implícito con la Revolución… aun cuando los propios revolucionarios querrán postergarla por razones de táctica política…»[32].

Irazusta también relata las dificultades en esa época, y habla de que «cuando el régimen asumió un rostro dictatorial» los revisionistas quedaron «en situación de verdaderos parias intelectuales». Cuenta además que pretendió imprimir un trabajo suyo sobre un historiador de la antigüedad, pero que fue imposible, ya que nadie lo aceptaba[33].

Finalmente, los revisionistas encontraron una muestra clara de la postura del «Líder», cuando el régimen peronista festejó el centenario del pronunciamiento de Urquiza y el de la batalla de Caseros.

CONCLUSIONES

En estas líneas tratamos de ver muy escuetamente el proceso revisionista y vincularlo con el radicalismo, el peronismo y el nacionalismo católico. En este sentido, queda aún determinar si tuvo o no algún logro.

Si se analizan los gobiernos radicales, con independencia de las simpatías revisionistas aisladas, ya señaladas *ut supra*, vemos que la enseñanza de la historia no cambió, ni tampoco se propició nada en ese camino.

Por su parte, con el peronismo, tampoco encontramos ningún resultado relevante.

---

[32] Conferencia pronunciada por Vicente Sierra en la Liga de los Derechos del Trabajador el 19 de octubre de 1949. Citado en Caponnetto, *op. cit.*, p. 26.

[33] IRAZUSTA, *op. cit.*, p. 14. Finalmente logró publicar el trabajo aceptando la oferta de un ex camarada nacionalista incorporado al «oficialismo dictatorial» que era director de publicaciones de una universidad provincial. Pero Irazusta puso como condición —respetada por su amigo— que «los nombres de la pareja gobernante no aparecieran para nada en el volumen».

En todos los períodos sí hemos visto una suerte de «conspiración de silencio», cuando no un ataque certero.

Vale entonces preguntamos si efectivamente ha tenido algún resultado el movimiento revisionista. En su primera época, adoleció de una divulgación precaria, como lo relata Alberto Mondragón: las obras de «Saldías y Quesada, clásicas en historia, pero conocidas en círculos privilegiados»[34]. Más adelante sí encontró una mayor difusión, pese a las dificultades políticas y económicas. Pero lo que sí debe destacarse, como lo dijimos en la introducción, es que los revisionistas nunca alcanzaron altos cargos en el gobierno del Estado durante un lapso suficiente que les permitiera de algún modo modificar institucionalmente el relato de la historia liberal.

Algunos nacionalistas participaron del golpe de 1930, pero el revisionismo no estaba muy presente entonces[35].

Posteriormente, del gobierno surgido de la Revolución de 1943, merece destacarse la figura del Dr. Gustavo Martínez Zuviría, quien se desempeñó como ministro de Educación y que llevó a cabo una importante reforma, como fue la restauración de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas. Era un conocidísimo escritor, popularmente conocido bajo el pseudónimo de Hugo Wast. Este literato también estaría llamado a formar parte de las filas del revisionismo, en su particular vertiente de revisar la Revolución de Mayo[36]. Sin embargo, durante su ministerio —donde también otros nacionalistas ocuparon cargos importantes— no se desarrolló un cambio en la educación de la historia. Es de suponer que quizás ese bien podría haber sido un segundo objetivo, luego de la restauración de la enseñanza religiosa, pero no hay constancias de ello. De cualquier manera, la presencia nacionalista en los cargos públicos señalados fue de corta duración.

Caído el gobierno peronista, en la Revolución Libertadora participaron numerosos nacionalistas católicos que llegaron incluso a cargos relevantes en el gobierno de Eduardo Lonardi. Por ejemplo, Mario Amadeo y Juan Carlos Goye-

---

[34] Del proólogo de Mondragón a la 2.ª edición del libro *San Martín y Rosas* de Ricardo Font Ezcurra, editorial J. M. de Rosas, Buenos Aires, 1965.

[35] Como anécdota, Irazusta, en el discurso ya citado, comenta que estando él estudiando en Inglaterra y habiendo concurrido a Southapton, por pura ignorancia no visitó la tumba del Restaurador

neche. Pero sería una locura exigirles a ellos que hubieran realizado la tarea de cambiar el relato histórico, cuando la presencia nacionalista duró sólo del 23 de septiembre al 13 de noviembre del mismo año. El ala liberal de la Revolución derrocó a Lonardi, debiendo previamente renunciar los nacionalistas.

Juan Carlos Goyeneche renuncia el 11 de noviembre de 1955 como secretario de Prensa y Actividades Culturales de la Presidencia. En el texto de su renuncia leemos: «Lo importante para ellos es convertir la revolución en un desquite de desplazados desde la fecha clave del 4 de junio de 1943…»[37]. Porque también es dable destacar que los nacionalistas católicos no llegaron a la Revolución Libertadora con un aire de revancha, denostando todo lo efectuado por el peronismo. Con independencia del claro discurso de Lonardi, lo vemos también en los escritos de la época, como el *Ayer, Hoy y Mañana,* de Mario Amadeo y, por citar una novela, la obra de Manuel Gálvez, *Tránsito Guzman.* En esta última se percibe claramente una admiración por el sincero fervor popular hacia «el Líder».

El mismísimo Castellani, en 1957, marcaba como una deficiencia del revisionismo su falta de difusión. En un artículo en *Dinámica Social*, en referencia a un libro de Fermín Chávez, Castellani acepta que el liberalismo (histórico) fue refutado… pero dice que «la refutación fue sepultada. No lego al pueblo, no obro». Con cierta esperanza añade: «Este meritorio librito [por *Civilización y Barbarie*, de Chávez] y otros muchos que ahora salen, y que nadie atajará, la están haciendo obrar»[38]. Luego cuenta un caso que muestra la creciente repercusión del revisionismo, donde en un acto público de homenaje a Sarmiento, un alumno gritó «Eso es mentira, lea a Galvez». Y los demás alumnos empezaron a gritar a coro: «Lea a Gálvez… Lea a Gálvez…».

En los gobiernos siguientes desde entonces, de las más diversas líneas políticas, no hubo nunca un revisionista neto que emprendiera la tarea referida de reemplazar el relato histórico «oficial». ¿Podemos decir por ello que fracaso el revisionismo? A mi modesto entender, creo que no. Es decir, que si bien no se

---

[36] En su conocida obra *Año x*. Pero esa publicación es muy posterior a sus funciones ministeriales, en 1960. El ejemplar que tengo es el de la tercera edición, de 1961, de Thau Editores.

[37] GOYENECHE, *op. cit.*, p. 392.

[38] CASTELLANI, Leonardo, *Crítica literaria. Notas a caballo de un país en crisis*, Biblioteca del Pensamiento Nacionalista, vol. 4, edic. Dictio, Buenos Aires, 1974, pp. 542 y 543.

logró ese objetivo general, sí se llegó por lo menos a introducir el planteo y a ofrecer una historia alternativa. En este sentido, un importante logro fue la elaboración de historias integrales, y no sólo de obras parciales que únicamente tendían a resaltar o defender rasgos puntuales del período rosista o de los caudillos. Como lo menciona Caponnetto: Julio Irazusta y Federico Ibarguren, Ernesto Palacio, José María Rosa y Vicente Sierra abordaron de modo sistemático esa totalidad.

Finalmente, como muestra de la actualidad de la materia, queremos mencionar dos libros recientemente escritos y publicados, que contienen postulados revisionistas.

El primero, de Marcelo Lascano, *Imposturas históricas e identidad nacional*, señala claramente que «el ocultamiento del pasado, las modificaciones a designio en la presentación e interpretación de acontecimientos fundamentales de la vida de una Nación, han terminado no sólo por distorsionar nuestra óptica, la imagen de nosotros mismos, sino también por dificultar la recta identificación de nuestros orígenes, negándonos a la vez la perspectiva imparcial, necesaria y objetiva para operar satisfactoriamente en el presente y sobre el futuro»[39].

La segunda obra, de Vicente Massot, *La excepcionalidad Aargentina. Auge y ocaso de una Nación* reivindica a don Juan Manuel diciendo que «fue un realista que interpretó la Argentina profunda como ninguno de sus contemporáneos…»[40].

La Historia de nuestra Argentina sigue viva, vive la pasión y la polémica, unida siempre al rigor de la investigación y con independencia de las propias simpatías. Creo que el mayor logro del revisionismo fue el de abrir la puerta del debate para que entremos al maravilloso mundo de la investigación histórica, sin «santos odios».

---

[39] LASCANO, Marcelo, *Imposturas históricas e identidad nacional,* edit. El Ateneo, Buenos Aires, 2004, p. 40.

[40] MASSOT, Vicente, *La excepcionalidad Argentina. Auge y ocaso de una Nación,* Emecé Ensayo, Buenos Aires, 2005, p. 92.